

se escribió, porque ilustra de qué modo nuestros inconscientes individuales de escritores están ligados a nuestros inconscientes históricos.

—Eso, Manuel, ocurre en cualquier escritor de cualquier nacionalidad. Todos arrastramos nuestros horrores históricos.

—Es cierto. Observa, sin embargo, que nuestro pensamiento político, nuestra religión, nuestras teorías políticas, nuestro Derecho, nuestras tecnologías, son —dejando aparte algunas brillantes excepciones— imitaciones o derivaciones de modelos inspirados por la realidad de

otros continentes. En cambio, nuestra literatura ha logrado liberarse de la dependencia y crear modelos que le son propios, modelos originales y universales. ¿Por qué es así? Porque la literatura es el único sector del pensamiento latinoamericano que formula una descripción exacta de la realidad. Hegel dice que la historia ideal de un pueblo debería incluir sus mitos. En este sentido, la verdadera historia de América Latina es su literatura; la literatura es el Primer Territorio Libre de Latinoamérica.

—¿Qué es el mito para vosotros?

—Una respuesta a las atrocidades de la realidad. La conquista no provocó solamente una hecatombe humana: hundió a la sociedad precolombina en un estado de locura colectiva que todavía no ha superado, o que quizá empieza a superar por medio de la palabra. Y así en *La tumba del relámpago*, última novela del ciclo "La guerra silenciosa", los personajes optan por existir en la realidad; comprenden que son, sencillamente, habitantes de un país donde la historia enferma no tiene más que un remedio: la revolución.

—¿Qué escribes ahora?

—Estoy trabajando en una novela de amor que se llama *La danza inmóvil*, que refleja un mundo completamente distinto al de mis novelas anteriores. Esta historia no es sólo la historia de amor de la pareja, porque el hombre ha participado en los movimientos guerrilleros, recuerda los hechos en que ha intervenido, y, desde este punto de vista, la novela es la continuación y la superación dialéctica del movimiento del campesinado que refleja "La guerra silenciosa". Y es también una interrogación sobre el sentido de la existencia humana. Uno de los personajes abandona la revolución por una mujer y otro personaje hace lo inverso, abandona a una mujer por la revolución. Ambos mueren y en sus agonías envidian la vida del otro y mueren envidiándose con las mismas palabras. El que desertó de la revolución cree que debía haberle sido fiel y el que desertó del amor cree que debía hacer sido leal al amor y no a la revolución.

—Tengo noticia de algún otro proyecto —le digo.

Manuel se pone en pie.

—Se llama *El descubrimiento de Europa* —dice—; una novela. Pero no quiero que escribas nada sobre ella.

—¿Y contarme?

—Después —replica dulcemente—. Luego.

Y se marcha pasillo adelante, en compañía de Claire, su esposa, en busca de no sé qué medicamento imprescindible. ■ A. N.

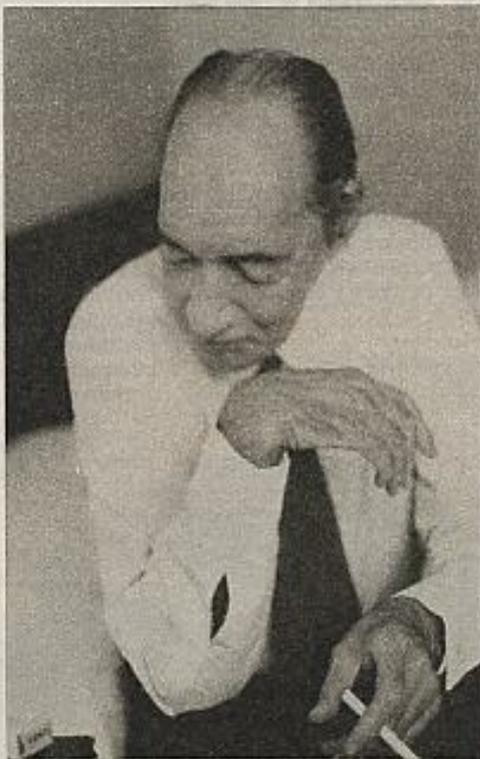
ADIOS A LAS LETRAS

Tangos para Onetti

CLARO, cómo no le iban a tocar tangos a Onetti, si el tango es música de viento y su última novela es un homenaje a ese aire. Mucha gente para homenajear a Onetti. Como ocho conté yo entre los que presidían la mesa, pero está bien. Este solitario uruguayo siempre ha estado en olor de multitud, oliéndose él, como si estuviera fuera, su propia humildad narrativa. A mí de Onetti me cultiva la mirada, porque la echa sobre ti como si en las pupilas estuviera, también, su oreja. Aunque para oír y hablar él tiene a Dolly, su mujer, un ser encantador que te habla desde la cocina como si subrayara, con ese acento anglosajón que tiene en el alma, las palabras que va diciendo el maestro, traídas desde Santa María como quien porta agua incontaminada.

La presentación de Onetti fue un oasis entre la baránda de la pasada semana. Hasta *Tip y Coll*, a los que la televisión había silenciado —o licenciado, porque aquello es como un cuartel sin rancho—, aprovecharon la semana para presentarse en *Mayte Comodore* y traer un libro bajo el brazo. Antes traían una *currutaca* o un chiste contra *Martín Villa* o sobre *Enrique Múgica Herzog*. La pasada semana trajeron un libro, firmado por *Coll* y presentado por *Tip*. Desde que son *Marx y Engels (Umbral dixit)* trabajan más a dúo y más organizados, como si fueran del Manchester inmediatamente previo a la revolución industrial. Son de Manchester, lo que pasa que con chistera.

Fue una semana secuestrada. Porque hasta *Vizcaino Casas*, que renuncia a quitarse el bigote, pero que no renuncia a escribir, presentó su diario. Es bueno que todo el mundo tenga su diario. Los anglosajones, con los que convivo estos días, tienen todos un diario en su cajón, para registrar sus pulsaciones vitales. *Vizcaino* no es anglosajón, pero quiere asemejarse a los súbditos de *Isabel II* y usa tweed y voz ronca, para disimular. Ahora que los británicos han recuperado la tradición del "Times", *Vizcaino Casas* ha querido recuperar el fervor (son sus palabras) del público que tanto le



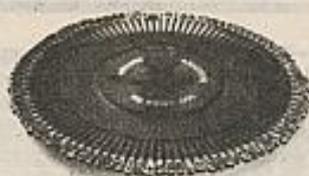
quiere. Algunos escritores son, desde sus tribunas, mucho más salerosos que *Lola Flores*: el fervor del público que tanto les quiere.

El subrayado de fondo de la pasada semana lo dio *José Luis Abellán*, con su "Historia crítica del pensamiento español". También ahí hubo una sólida caterva de pensadores prolongando el efecto que la dichosa historia habrá tenido ya en las masas de lectores de filosofía. Entre los tangos, el humor y la política retro de los escritores fervorosos, no está mal que este país se entretenga con un poco de filosofía. Daño no le va a hacer a nadie, sobre todo cuando vivimos tiempos sin reposo, semanas secuestradas, alientos ajenos sobre nuestra calva patria. ■ SILVESTRE CODAC.

Caballero Bonald: la lucidez de la memoria

CON prólogo de Francesc Rodón, aparece este volumen (1), que agrupa la producción poética de Caballero Bonald. Veintiséis años de trabajo que se resumen en seis poemarios —aparte quedan antologías, novelas y otras obras—, aunque el autor, en una pertinente nota, nos aclara que no se recogen todos los poemas publicados: "Faltan algunos, no muchos, pero sí los suficientes como para dejar constancia de esas ausencias". Sin embargo, pese a esas ausencias —producción primeriza, creaciones circunstanciales—, en el libro se encuentra el "cor-

(1) "Poesía 1951-1977", José Manuel Caballero Bonald. Plaza y Janés. Barcelona, 1979.



CON LOS NUEVOS MODELOS OLIVETTI ET 221 Y ET 201 LA EFICIENCIA AUMENTA AUTOMATICAMENTE. Y EN SILENCIO.

Además de TES 401, que responde a exigencias de especialización, Olivetti ha creado dos nuevos modelos de máquinas de escribir electrónicas para el trabajo cotidiano: ET 221 y ET 201. Ambas incrementan considerablemente la eficiencia en la escritura, con una ventaja adicional: operan en silencio. Y esta es una ventaja que caracteriza a todos los modelos electrónicos Olivetti.

La línea de máquinas de escribir electrónicas Olivetti constituye, en efecto, una gama de productos que mejora la calidad del trabajo cotidiano: permiten un considerable ahorro de tiempo, eliminan las operaciones repetitivas y transforman el trabajo de mecanografía dando a la secretaria la posibilidad de realizar una actividad más creativa y gratificante.

Los tres modelos presentan un teclado cómodo y familiar y poseen display (TES 401 y ET 221 de tipo visor de línea y control; ET 201, visor de control); realizan la compaginación de forma automática; permiten el cambio de paso de escritura y de caracteres ("margarita" intercambiable) en función de cada tipo de trabajo; corrigen automáticamente los errores aún antes de que éstos se impriman sobre el papel.

Cada modelo está dotado de un diverso nivel de memoria para recordar escritos enteros (TES 401) o frases repetitivas y páginas modelo (ET 221 y ET 201), constituyendo una línea de productos en la cual el usuario puede escoger el modelo más económico y adecuado con sus necesidades.

Operando casi en silencio, TES 401, ET 221 y ET 201, perfeccionan y simplifican el trabajo de secretaria, aportando todos los elementos para un cambio de estilo en la actividad del despacho.



olivetti





Caballero Bonald, Martínez Sarrión y José Esteban, en el Congreso de Escritores en Lengua Española. Canarias, junio de 1979.

pus" esencial de la obra lírica de Caballero Bonald aparecida hasta la fecha.

Desde "Las adivinaciones" hasta su aún reciente "Descrédito del héroe", Caballero Bonald ha permanecido fiel a esa búsqueda de la propia entidad que, en mayor o menor medida, parece ser denominador común del "grupo poético de los años 50", por utilizar la denominación cautelosa y escéptica —sabia, por otra parte— de García Hortelano. Del primer parnasianismo/simbolismo al último libro, en que de la crónica se pasa al examen, de la contemplación al análisis, Caballero Bonald ha seguido manteniendo la ruptura con el romanticismo revitalizado —aquel tono eminentemente subjetivo— de la poesía española de algo más allá de mitad de siglo. Una ruptura que se manifiesta en una coherencia poética cuyas constantes ha explicado Aurora de Albornoz. Por una parte: el ahondar en la "órbita de la palabra" y, sobre todo, en la memoria, esa memoria que está viva, que "va más allá del tiempo". De otra: la presencia de la vertiente individual y la colectiva. Y aun otra: el empeño de buscar una forma de contar todo lo que puede ser salvado y rescatado del silencio, todo lo que se ha vivido para ser contado. La memoria, la introspección personal y múltiple, será el eje de su poesía. Lo demás se convierte en "materia de olvido".

Acabamos de señalar que una de las constantes de la poesía de Caballero Bonald es el ahondar en la "órbita de la palabra". Desde un punto de vista formal, en este punto coinciden todos los poetas del grupo de los años 50. Tanto para Caballero Bonald co-

mo para sus hipotéticos compañeros de viaje, la poesía aparece como un acto lingüístico en esencia. A partir de él se hace posible el acto poético. Los resortes en

los que Caballero Bonald sustenta ese acto varían desde el humor y la insolencia hasta un cálido erotismo y una refinada sátira, todo ello cobrando forma de un barroquismo expresivo —aunque no tanto— que delata esa preocupación por la palabra.

A lo largo de su obra, Caballero Bonald vuelve los ojos hacia esa memoria desde la que nos ofrece, con lúcida mirada, el panorama desolador de una patria y, además, el desencanto personal que es a la vez y siempre colectivo, compartido. El objetivo final de esa mirada, que es una interminable búsqueda a través —como señala Francesc Rodón— de la soledad, de la desolación, de la quimera, y del amor también, es la claridad: claridad para asumir nuestra propia circunstancia, nuestra propia y

concreta realidad. O por decirlo con palabras del poeta: "El acto de escribir supone para mí un trabajo de aproximación crítica al conocimiento de la realidad y también una forma de resistencia frente al medio que me condiciona". ■ SABAS MARTIN.

MUSICA

El muermo defenestrado

EN el teatro Alfíl, se asesina al muermo. Al menos, eso dicen carteles que invaden la ciudad, y que pinta Cesepe. Pues es cierto. O, por lo menos, lo fue el martes

Heliodoros

UNA vez hubo un premio literario, en la España de la democracia, sin premio, pero con nombre (Heliodoro); sin actas, pero con presuntos diez millones en Banco suizo de identidad desconocida; sin Jurado, pero con nueve finalistas; y el organizador se justificó de la estafa diciendo que, al fin, todos los premios de este país eran igual que el suyo, para qué se necesitaba Jurado o actas, si la burla era la misma, por qué ensañarse pidiéndole honestidad al Heliodoro, que podía arreglarse como cualquier otro. Una estafa más apenas se nota y la indignación de los presentes y aspirantes no pasará de protestar con los amigos, que para eso están. Posiblemente, Heliodoro encierre menos sátira y más delirio de lo que parece, pero es una amarga demostración de los caminos que está atravesando la cultura de la democracia. En el año 1972, cuando llegué a Barcelona, me enteré de que existían dos culturas: la oficial y la otra. Supongo que era lo que todo el mundo creía, no sólo los recién venidos como yo. Se podía suponer que la "otra", situación novelasca, ambigua y clandestina, era la potente, la enriquecida con las contradicciones y la dialéctica. Han pasado unos cuantos años. Me parece que ahora también hay dos culturas: ésta y la otra. Esta es, naturalmente, la que padecemos y somos incapaces de modificar: la cultura del chisme, de la comodidad, de los dividendos, de las capillas, que arrastra los vicios de cuarenta años de exilio interior. La cultura de la frustración. La "otra" ya no es la clandestina, la subterránea; me parece que es una quimérica, ideal, soñada, pero imposible. En un período o en otro, la cultura ha sido una fantasía, un sueño irresponsable, pero gratificante.

La cultura no existe más allá de los individuos que la producen, la transmiten, la ejercen y la consumen. Por lo tanto, cuando nos quejamos del estado actual de la cultura en nuestra sociedad, nos quejamos en el fondo de los individuos como

portadores de ella, como transmisores, consumidores o generadores. Y una cosa que no ha cambiado la muerte de Franco ni la trabajosa transición es la imagen interna del país, los sobreentendidos que forman el inconsciente y, por qué no, el consciente colectivo, y esas imágenes, esos sobreentendidos son eminentemente culturales. Así es frecuente aceptar (como se aceptaba durante el franquismo) que los premios literarios, los concursos, la mayoría de las competencias, etc., son deshonestos. Por lo tanto, ya no hay reacción: se acepta como un hecho natural, implícito en la definición de España. Como nadie se asombra demasiado si la Policía carga sobre las mujeres que se manifiestan a favor de la amnistía de sus compañeras de Bilbao, dado que en el consciente colectivo la función de la Policía es represiva. O sea, para la mayoría de los ciudadanos, nada ha cambiado todavía. Es posible que existan más libros en las librerías, que ahora se puedan ver películas prohibidas anteriormente, pero aun esto es una dudosa prueba del cambio de la situación: ni se lee más porque existan más títulos, ni la falta de censura nos ha deparado un cine más significativo, para no hablar del abuso descarado de la pornografía, tan alienante como la propia censura.

Ahora bien, ¿es posible esperar otra cosa? En sociedades como la nuestra, gran parte de la cultura (de la generación y difusión) está en manos del Estado, y otra parte, no menos importante, en manos privadas. Ni la escuela ni la Universidad de la transición han variado sustancialmente; en cuanto a la televisión, sigue siendo un transmisor de aburrimiento y de prehistoria. Con una Universidad y una televisión paleolíticas, para dar sólo dos ejemplos, la cultura que puede nacer y propagarse a través de la iniciativa privada no puede distinguirse mucho de la oficial, en la medida en que abastece a un mercado semejante. Y don Quijotes cada día hay menos. En cambio, abundan los Heliodoros. ■ CRISTINA PERI ROSSI.